

## De Gestis virorum illustrium Facultatis

### PARS SECUNDA

#### La revolución

Sí, también nosotros hicimos nuestra revolución. Pasarnos sin ella, hubiese sido un delito de alta traición contra los derechos de la juventud. Fué justa en sus fundamentos y grande por sus proyecciones: que en ella se cometieron errores, es posible; pero ¿cuándo los hombres no han cometido errores, y más en aquellos momentos en que hacen historia?

Aquí el historiador, cuya modestia es tan enorme que asusta, vacila perplejo. Desde aquel día inolvidable en que el Centro de los estudiantes lanzó su voz de protesta contra el malón de los profesores suplentes, el historiador no sale a la calle ninguna mañana, sin antes preguntarse, todavía poseído a través de los años de su papel de redentor, si en aquella emergencia fué más Moreno que Robespierre o más Robespierre que Moreno. Le seduce el papel de Moreno por su vida breve de revolucionario y su literatura tribunicia, y le encanta el de Robespierre, por sus procedimientos cortantes y su incompasiva inflexibilidad. Mas, fuese el que fuese, se da cuenta de que estuvo bien. Recuerda haber sido aperebido por resolución del Consejo, junto con el presidente del Centro, el hoy pacífico vicerrector del Colegio Nacional de Mercedes, doctor Francisco D'Andrea, entonces serio y brillante alumno; recuerda haber escuchado la palabra serena, persuasiva y conciliadora del entonces decano, doctor José Nicolás Matienzo, llamándolo a la calma; recuerda el entusiasmo revolucionario de los más, la cobardía de los menos y la traición de unos pocos; recuerda las artes legales por medio de las cuales se intentó empañar la justicia de una noble causa; y recuerda también que el campanazo no halló todos los oídos sordos, porque del mismo seno del Consejo

partieron saludables medidas para establecer la legalidad donde imperaba el arbitrio de unos cuantos.

Pero todo pasó...

### El Banco de la Facultad

...Y a continuación vinieron los tiempos nuevos. En el escenario surgían otras figuras: Alberini, Ipiña, Achával, Noé... La antigua Facultad tuvo el símbolo de su historia en el patio, en aquel patio admirable de antaño, perfumado por los jazmines del Paraguay y sombreado por los dulces durazneros, que describí en la primera parte de esta verídica narración; patio hoguero reducido a un triste pozo por la arquitectura universitaria. La nueva Facultad tiene su símbolo en *el banco*. No ya el jardín de Academo como antaño; pero no son menos platónicos los coloquios que se hacen en el banco inmortal.

Hay muchos bancos en la Facultad, donde con noble emulación tratan de sentarse hombres y mujeres; pero no hay más que un banco, el Único, que tenga historia.

### Habla él

“ Soy viejo. Soy contemporáneo de Iglesias, y como él ha  
“ visto pasar las generaciones ante sí, yo las he sentido sobre  
“ mí y sé cuánto han pesado en la balanza de la historia. To-  
“ dos, quien más, quien menos, me han pedido apoyo y refu-  
“ gio, desde las más aéreas doncellas hasta los más pesados vá-  
“ rones. Pero para todos he sido el compañero de un minuto  
“ o de una hora a lo sumo; sólo para unos pocos el amigo fiel  
“ de todos los días. A esos pocos, adheridos a mí por una es-  
“ trecha vinculación, los quiero. Se turnan sobre mí con lento  
“ ritmo; se disputan el poco espacio que puedo brindarles;  
“ me confían sus secretos; me hacen partícipes de sus opinio-  
“ nes. He llevado la estadística de las horas que me han dedi-  
“ cado y gustosamente se la comunico al señor Martínez, di-  
“ rector del tercer censo nacional: Achával, 5375; Giusti,  
“ 5128; Alberini, 4813—pero declaro que va ganando el te-  
“ rreno perdido y prometer saltar al primer puesto.—Ipiña,  
“ 3516 — ¡ay! ¿por qué me habrá abandonado? — Leumann,  
“ 3100... Luego vienen con cifras menores, pero siempre con-

“ siderables — lo proclamo con orgullo —, Noé, Tobal, Obligado, Pedrito García, Bonet... Aunque verde, he tenido que ruborizarme muchas veces de sus discursos. ¡Qué muchachos! ¡Tan jóvenes y ya tan pícaros! Sin embargo, a veces hablan en serio y entonces no los entiendo. ¡Ay, he oído decir a los profesores de filosofía de la Facultad que todo pasa! El grupo ya empieza a ralear. ¡Será cierto que han de abandonarme? ¡No podré contar en el futuro siquiera eno Achával, con Alberini? ¡Dios mío, qué desolada ancianidad me aguarda! Ya se lo han llevado a Iglesias, no sé a dónde; a mí me han pintado con colores más oscuros... ¡Cómo se ha de aburrir él! ¡Cómo me aburriré yo! Es inútil: las señoritas, aunque intentan, solícitas y compasivas, consolarme, no me entretienen; soy misógino por costumbre.”

### La Filosofía del Banco

El banco ha hablado con la solidez que de él podía esperarse; sin embargo, aunque se ha formado en un ambiente terriblemente docto, su cultura se revela deficiente, cuando declara tan redondo no haber entendido nuestros graves discursos de los momentos solemnes. ¿Debo extrañarme de su dureza de entendederas? ¡Cierto es que el pobrecito ha tenido sólo tan escasos y tan breves contactos con los profesores de filosofía de la casa!... Algunas máximas le han inculcado, ¡pero tan pocas! ¡Pobre amigo nuestro, que no te has dado cuenta de haber sido el mudo testigo de la más profunda revolución filosófica que han visto y verán los siglos! Sí, amigo nuestro; tú has creado, al reunirnos durante tantos años entre tus brazos paternos, ignaro de la gran obra a que presidías silenciosamente, la Escuela del Banco, formidable construcción ideológica a la que hemos consagrado aquellas cinco mil horas que tu esmerpulsosa estadística consigna.

¡Oh, si hemos meditado y discutido los problemas del universo, si hemos sondeado el infinito de las formas y de las ideas con nuestras miradas de águilas, durante tantas largas horas!

La empresa que acometíamos era inverosímilmente audaz y se imponía una repartición de los papeles. Achával tomó a su cargo la Estética, con el permiso implícito de hacer incursiones en la Metafísica; Leumann creó el Método; yo una doctrina

crítica; Ipiña la emprendió con la Ética; Ravignani se entregó a la Sociología; Alberini... ¿con qué no se ha metido Alberini? El dirigió la formidable orquestación.

### La Calometafísica o la Metacalología

Achával no es un hombre de nuestra edad. En Atenas frecuentó la casa de Pericles y mantuvo cordiales relaciones con Aspasia; en Florencia formó parte de la Academia Platónica y almorzó con Marsilio Ficino... ¿Quién dijo que fué Filopémenes el último de los griegos? Mentira. El último de los griegos es Achával. Por eso nos extrañó verlo aparecer en el año de gracia de 1907 de la era cristiana, en la Facultad de Filosofía y Letras de esta cosmópolis cartaginesa, colgado del saco de nuestro amado y gran profesor Francisco Capello. ¿Cómo ese heleno de la más pura estirpe había aportado a estas playas del trigo y de las vacas? Cierito es que empuñaba el cayado al modo de los pastores de Arcadia; pero también vestía un traje de saco y se cubría con un sombrero hongo gris perla *à la dernière*, y eso no se vió nunca en la Hélade luminosa.

Salidos de la primera sorpresa nos acostumbramos, y ahora casi tratamos con él como si fuera un contemporáneo nuestro. Achával vive dentro de la Belleza absoluta. No desciende de ella ni una pulgada. Achával es la Estética encarnada en un hombre. El ha alcanzado la verdadera perfección del estilo hasta ahora en vano soñada por los más preclaros artistas; él posee la palabra que ha de transformar al mundo, poniendo la vida bajo la sola égida de la Belleza. Todavía no la ha dicho, pero la conserva en su casa en un manuscrito cuidadosamente enrollado, cuyo texto sublime conocemos unos pocos iniciados. Su doctrina se llama la *Calometafísica*, o también, si se quiere, la *Metacalología*, y a su comprensión hemos llegado esos pocos bienhadados, accediendo gentilmente a un pedido de su creador, poniéndonos momentáneamente fuera del tiempo y del espacio. Alberini propuso que también nos pusiéramos fuera de la lógica, y el ingenioso artificio tuvo un éxito enorme. Desde ese instante lo comprendimos todo perfectamente.

Achával es simplemente genial.

### **Terrible alternativa**

Precisamente fué Achával quien planteó la alternativa cuya solución feliz había de dejar de una vez por todas establecidos nuestros inalienables e inatacables fueros.

Un buen día desapareció el Banco. ¡Imagínense ustedes cual sería el asombro de Achával cuando al ir a sentarse en él para meditar como de costumbre, sólo vió ante sus ojos un desolado vacío!

Uno a uno fuimos llegando y uno a uno, con los ojos anegados en lágrimas, fuimos formando cordón alrededor del sitio donde antes estaba El. ¡Nos habían robado nuestro único bien!... Cerramos los puños, nos los mordimos como era de rigor, miramos al cielo, interrogamos desconsoladamente el vacío, y por fin buscamos alivio los unos en el seno de los otros con un unánime llanto. Pero de pronto Achával se irguió, trágico de fiera; enjugóse las lágrimas, y con paso lento y grave se encaminó hacia la sala del Consejo. Entró y con sublime heroísmo dijo sencillamente: "O reponen el banco o yo me voy." Y nada más. Pero al día siguiente el banco estaba en su sitio.

Pobre amigo nuestro! ¿Qué héroe de la antigüedad se votó al destierro con mayor abnegación?

### **La ética Boliviana**

Del altiplano debía bajar a nosotros la doctrina moral. La trajo Ipiña junto con unos preciosos ponchos de vicuña, y desde el día en que su angulosa figura de penitente, macerado en la abstinencia y en el martirio, se nos apareció aureolada de un cándido nimbo angelical, desde aquel día la paz entró en nuestros corazones pecadores, y lo que en ellos era diabólico tumulto trocóse de súbito en calma celestial, y la sed de los bajos placeres terrenos que resecaaba nuestro pecho hizo lugar a un dulcísimo anhelo de goces inmateriales. Ipiña nos enseñó con su palabra austera la senda de la Virtud y del Bien, y desde entonces nos hemos vuelto irreconocibles. ¿Cómo se atreve a decir el Banco que lo hemos hecho ruborizar? Debe de estar equivo-

cado y confundir nombres y fechas. ¿Cuándo ha podido oír palabras pecadoras en los labios de Ipiña?

Conviene aquí declarar, en honor de la verdad, que en la alta empresa Ipiña tuvo un colaborador eficazísimo: Pedrito García.

### La Intuición

El mérito del descubrimiento le corresponde por entero a Leumann. Su método de la intuición, o por otro nombre, del palpito, nos ha abierto los horizontes de la Verdad. Con su mirada sutilísima Leumann explora el infinito, y ¡zás!, no se le escapa una verdad ni por casualidad. Verdad que ande suelta él la atrapa al instante.

Alberini lanzó sobre el merecido un criterio de certeza, pero no logró derribar el de Leumann, instrumento tan sencillo como instructivo para la adquisición del conocimiento. Sostuvo Alberini: "Todo lo que afirma Giusti es falso; todo lo que niega verdadero". Pero su doctrina halló serios confutadores.

### Alberini o de la Filosofía

Sin embargo Alberini es casi tan genial como Achával. El y la Filosofía son una sola cosa: a simple vista no se distinguen el uno de la otra. Unidos por un estrecho cordón umbilical, se asemejan a los hermanos siameses. Alberini es un polemista formidable. Argumento que se encuentre al alcance de sus anteojos, está perdido: lo desmenuza sin piedad. La historia de la Lógica se divide en dos cielos: el pre-alberínico y el post-alberínico. También la Metafísica le debe muchísimo y sobre ella ha escrito largo y profusamente. Tiene una admirable fuerza de resistencia: es la única persona que en el Orbe ha leído íntegra la *Enseñanza de la historia en las Universidades alemanas*. La Escuela del Banco todavía espera mucho de él.

### Dii Minores

Cada cual aportó su granito de arena a la obra gigantesca.

Ravignani, ahora sociólogo ilustre, ya en su iniciación de pensador socavó las bases tradicionales de la Economía Políti-

ca, con una nueva teoría de la moneda, prometida como reforma para cuando fuese ministro, teoría que hizo exclamar a Ipiña, estupefacto y entusiasmado: “¡Colosal, ché! Con esa reforma van todos los del gobierno a la cárcel!”

Noé, el discípulo predilecto de Achával, que si no alcanza al maestro en el estilo le anda cerca, se fué especialmente a Europa a descubrirla para nosotros, y nos trajo preciosas informaciones sobre el Coliseo y el Arco de Triunfo, que nos han servido enormemente para ampliar nuestros conocimientos. Sin embargo nuestra sed de saber cosas de allá era tan intensa, que no alcanzando a saciarla ni Noé ni el libro de Ingegneros, *Italia en la vida, en la ciencia y en el arte*, tuvo que partir como segundo emisario nada menos que el mismo Achával, quien se llegó hasta las ruinas de Micenas y nos trajo—arqueólogo fidedigno—un paquete de cartas de Clitemnestra, todavía atado con una muy bonita cinta azul.

Yo...—¿puedo hablar de mí?—yo también he realizado mi parte. Mi frenética sociología, anunciadora de la catástrofe social para dentro de poco, ha encontrado adversarios tan eminentes como Alberini; y mi penetrante mirada crítica, hasta a Achával lo tiene sobre ascuas, temeroso de que yo pueda hallar en su estilo un acento mal contorneado.

### Doctor Angelicus

Ahora ha surgido en el horizonte una figura aislada, pero temible Passarella. Trae auestas un voluminoso bagaje de teología, y sus *ergo*, sus *concedo* y sus *nego*, su tomística y su derecho canónico, sus sorites y sus dilemas cornutos, su sutil dialéctica sobre la forma y la substancia abren anchos claros en nuestras huestes. Pero ahí está Alberini, Hércules de la Filosofía, para oponerse al empuje y sostenerlo bravamente. ¿Quién triunfará? ¿La Razón o la Fe? Alberini, no cedas...

### Nuestros sucesores

Envejecemos. Hemos hecho historia. A otros ahora les toca continuarla. Los hay y muy buenos: dignos de nosotros, lo que es decirlo todo. Bonet, prosista que inquieta al mismo Achával y psicólogo femenino que hace furor; Obligado, felicísimo poe-

ta; Corti, Matharáu, Smith, Oliver, algunos más, todos serios y todos estudiosos, mentes simpáticas y promisoras. Y después todo el gracioso enjambre femenino, que pone sus elaras notas de color y de bullicio—a veces un tanto agudas—en el severo ambiente doctoral. Mi mirada, avezada a sondear las profundidades de la historia, no divisa con nitidez las figuras del primer plano, y nada puede decir de ellas. Pero yo espero que serán dignos continuadores de la obra de sus antepasados. Por favor; que nos continúen con honor. . .

ROBERTO F. GIUSTI.